



**Sábado a las nueve**

**Diplomado en preceptiva literaria II**









Sábado a las nueve  
Diplomado en preceptiva literaria II



COLECCIÓN  
ÁRBOL DE LUZ 

Sábado a las nueve  
Diplomado en preceptiva literaria II

Carlos Acosta





*Sábado a la nueve*  
*Diplomado en preceptiva literaria II*  
© Carlos Acosta  
Primera edición 2013

ISBN: 978-607-8222-46-9

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Ing. Egidio Torre Cantú  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Mtra. Libertad García Cabriales  
*Directora General*  
*del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)  
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101  
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*¿Existe, pues, un mundo  
sobre el que tengo un dominio absoluto?  
¿Un tiempo que ato con cadenas de signos?  
¿Una existencia infinita a mis órdenes?  
La alegría de escribir.  
La posibilidad de hacer perdurar.  
La venganza de una mano mortal.*

*Wisława Szymborska*



## Presentación

Los textos que integran esta colección, forman parte de la cosecha del Diplomado en Preceptiva Literaria II, impartido en la Biblioteca Municipal de El Mante, entre septiembre de 2012 y febrero de 2013, bajo el auspicio y dirección del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes.

Lo hicimos con la convicción de que la palabra es sagrada.

Queda aquí, pues, constancia de una tentativa por abordar el ejercicio de la creación literaria. Lo hemos hecho con la sencillez de una actividad lúdica *per se* y el rigor de la autocrítica grupal, sin dejar de lado, por supuesto, la lectura cotidiana y el sustento académico en autores clásicos y contemporáneos como espejos a donde podríamos reflejarnos.

Estas letras hablarán por nosotros. Dirán lo que somos, pero sobre todo, lo que quisiéramos ser. En cada verso, cuentan de ensueños y secretos,

añoranzas y oscuridades. Quedarán, a la vez, como reflejo de un puñado de personas que aún creemos en la fantasía de un relato, en la lucidez de un ensayo, en el milagro del poema; es decir, creemos en lo que, en esta época de nuestras vidas, y tal vez sin darnos cuenta cabal, somos y escribimos.

Carlos Acosta

Mi nombre es Diana

Diana Ketzaly González Jahuey



## Mi nombre

Mi nombre es Diana. Nací en El Mante, pero vivo en el ejido Dieciséis de Septiembre. Tengo diez años y curso el sexto grado. A veces, en vacaciones, me voy con mi abuelita y mi mamá que viven en Altamira; no puedo estar con ellas porque vivo con mis tías y primos. Me mandaron para acá porque donde vive mi abuelita queda retirado de la escuela, y aquí me queda cerca. En mi escuela tienen muy pocos recursos porque sólo hay dos salones y dos maestros. Mis primos fueron a Machu Picchu, en Perú; ellos estaban allá, mientras yo estaba en Altamira, con mi mamá y mi abuelita.



Mi vida

Mi vida  
es como un libreto sin final  
donde pasan cosas  
que nunca podré olvidar.  
Mi vida parece un barco  
navegando por el mar.

El sol

El sol de la mañana  
ilumina mi vida  
y mi cara.  
Disfruto cada segundo  
el rayito de sol  
que entra  
por mi ventana.

## Instante única

Cuando fuimos a Guanajuato, Tarimoro me gustó mucho porque hay calandrias que en la mañana nos despiertan; con alegría nos dan los buenos días. Cuando el sol se asoma por las ventanas y por los árboles, es día festivo. Y por las noches la plaza se llena de jóvenes bailando.

Las bandas contratadas y los juegos mecánicos son muy divertidos. Tampoco uno se olvida de ir a las neverías por las ricas y tradicionales nieves.

## Tacto

Mi cuerpo puede ser, a veces, tranquilo,  
callado, inquieto.

Tocar mi cuerpo es como tocar la Luna y el Sol.

Se puede mojar y se puede ensuciar.

Toco mi piel y mis ojos, y siento que vuelo por el  
cielo, flotando por las nubes, cerca del sol.

A veces siento que toco campanas  
o me siento grande como las montañas

o chiquita como las hormigas

caminando por la orilla del río

mi cuerpo se siente

como pintura de colores distintos,

puede sentir la brisa

golpeando suavemente su cara.

- ¿Por qué no tengo hermanos?
- ¿Por qué existe la gravedad?
- ¿Por qué no puedo tener un restaurante?
- ¿Por qué existen las clases?
- ¿Por qué me gusta mucho pintar y dibujar?
- ¿Por qué me pusieron este nombre?
- ¿Por qué existen los barcos?
- ¿Por qué existen los teléfonos celulares?
- ¿Tengo personalidad?

El amor puede tocarnos sólo una vez  
y dura toda la vida.

Él era cuando te amaba  
una verdadera oportunidad  
para guardar recuerdos.

Estás aquí  
no hay nada que temer  
sé que mi corazón  
seguirá

y permaneceremos  
siempre así.

Desde que nací soy soñadora.  
Dormida o despierta  
dicen que es sólo imaginación  
pero no es cierto  
porque mis sueños y yo  
somos imaginantes.  
A veces siento que vuelo  
por encima de todo,  
que soy las montañas  
y otras veces el sol  
que ilumina mi vida.

La vida es como una roca  
que no tiene corazón puro  
y honesto.

A veces  
en la noche  
nos trae dudas  
y en otras  
respuestas.

Una vez más abrimos el alma  
para lanzar el grito  
hacia arriba.



Una rosa que vive en verano  
y muere en invierno  
sus pétalos y espinas mortales  
casi embellecen la vida  
más que una rosa  
es un símbolo de amor  
que nos tenemos  
tú te lastimas la mano  
por el esfuerzo de estar a mi lado.  
Deslumbra la noche con su brillo  
sus espinas agujerean el corazón  
como una espada de hierro,  
nos hace una herida  
pero siempre cicatriza.

Lo que tengo

Florián López Guerrero



## Incienso

Cierro los ojos  
para construir la soledad  
de los muertos  
de los vivos.

¿A qué huele el silencio?  
¿La distancia?  
¿El vacío entre las almas?

## Dádiva

Otra vez el misterio  
¿Qué sabor llegará a mi boca?  
¿Será el amargo de la hiel?  
¿El ácido que destruye las palabras?  
Hoy, veintisiete de octubre  
del año dos mil doce  
percibí la dádiva de Dios.

Entendí que la fortaleza  
es debilidad antigua;  
así, lo que imaginé sólido  
se diluyó en la lengua...

## El Pupy

El pequeño perro blanco llegó en mis brazos, por unos días nos preocupamos por atenderlo, mientras decidíamos el nombre que llevaría.

Hacía muchos años que no había un perro en la casa y la verdad, nos hacía falta. Pero, ¿qué pasaría por su mente? De pronto no tenía con él a sus numerosos hermanos. Ya no compartía su leche, ahora debía tomarla helada y de un plato extendido. Por la noche, seguramente recordaba su camada, pues aullaba con mucha tristeza.

Finalmente conocimos su nombre de labios de Alondra, mi hija: se llamaría “Pupy”. Fue creciendo llenándose de pelo.

Pronto adoptó la responsabilidad de cuidar nuestra casa, cada día nos sorprendió con su nobleza, inteligencia y valor. Especialmente cuando descubrió la escalera de caracol, temblaba cuando lo subí en mis brazos, sus miedos aumentaron cuando bajé dejándolo en el techo.

Me pregunto qué experiencia de sus ancestros le llenaba de terror; por varios días le di confianza y sin prisa le ponía sus patas en el metal de los escalones.

Con el pelo erizado, gemía y avanzaba, pegado a mí, hacia abajo. Los músculos de su cuerpo tensos, sus ojos fijos en el siguiente escalón y el suelo del patio cada vez más cerca.

## Árbol del caballo

Nuestro patio es más bien pequeño, al norte de la casa trasplanté un árbol, una vara de dos metros con seis hojas. Había crecido en el solar vecino, lo saqué de entre las raíces de un guayabo que lo aprisionaba, durante la temporada de lluvias.

Con cuidado amarré su raíz a una caja de cartón con lodo, y ahí, en la sombra pasó varias semanas, después lo sembré. Por ese tiempo uno de nuestros vecinos le compró un potrillo a su hijo.

Una tarde amarraron al potrillo cerca del árbol, lo enredó con la soga y lo trozó a la mitad.

Mi pesar me llevó a remover la tierra otra vez y regar, para que no se seicara el tronco que había quedado.

El año pasado pude colgar de él una hamaca para aprovechar su sombra, disfrutar el color de sus flores en lo alto y caminar de puntitas para no pisar la alfombra rosa de nuestro árbol del caballo.



## Lo que tengo

He pasado mucho tiempo observando todo lo que está cerca o lejos. Por eso busco entender lo que ocurre en mi entorno.

Uno de mis vecinos, el Güero, ha tomado muy en serio el arreglo del área verde que está frente a mi casa. Muchas veces nos despertamos con el zumbido de su podadora y el olor a pasto recién cortado.

La aportación de algunos vecinos ha sido presumir con sus conocidos: Si vieras, nuestra plaza siempre está bien atendida. Pero no dicen que es por el Güero.

Hace poco también construyó una pequeña banca de cemento; y otro vecino emprendedor, la usó de inmediato para vender esquites, pues ahí es área pública. Otros, caminan mañana y tarde, rodean la plaza con sus tenis que rechinan y huelen a plástico recién desempacado; y otros, de plano, suben sus vehículos para lavarlos sobre el pasto.

Una pareja de jóvenes disfrutan su etapa romántica y estrenan una mesa con dos bancas, que los maestros usan los viernes para sus borracheras. También circulan por ahí las carriolas y bicicletas nuevas de los consentidos.

Al año, disfrutamos de varias cascadas de flores: la del narciso blanco, la del palo de rosa, la del verde chijol, la lluvia de oro y la buganvilia morada, que admiramos desde la ventana.

Lo siento, tampoco le he dicho al Güero que le agradezco su trabajo. Lo haré la próxima vez que lo vea.

Especialmente ahora que construimos un estudio. Desde la terraza, parece que la plaza fuera sólo nuestra. Desde ahí descubrimos otra vez el horizonte, el sol, el color y la textura de las nubes; el fresco viento huasteco de la tarde, pero sobre todo por las noches admiramos los luceros y la misma luna, que decían al oído de mi padre, todo lo que él quería saber.

## Fantasma

Cuando escuché la frase “Ciudad de las dos mentiras”, me sentí fantasma.

¿Cómo puedo ser originario de un lugar agredido así? Me molesta pensar que mi ombligo esté enterrado exactamente en medio de las dos. ¿Serán pequeñas o grandes? Mentiras al fin, digo yo.

Después, sin remordimientos siguió la risita burlona, de plano la carcajada del atrevido, con su cara simiesca. Pero, es que, ni es ciudad, ni hay maíz...

¡Insolente! Claro que es ciudad —mi ciudad— y hay maíz; si sabré yo que ayudé a mi padre a sembrarlo, a quitar la mala yerba del surco, a pizcarlo llenando con las mazorcas la carreta de mi tío Sabino; a vaciarlas en el chapil, adentro de la casa, para de ahí desgranarlas a mano o con la olotera.

Después se hervían con cal, mi madre las molía en el metate para cocer las tortillas en su comal.

¡Por eso estoy vivo, escuchando aquí tus barbaridades!

Pero te entiendo, tú solo pides la pizza con tus dedos frenéticos y los ojos pegados a tu ventana al mundo.

## Callejón

Salíamos de nuestra casa de adobe, rodeada de nopales y protegida con muros de piedra suelta acomodada una sobre otra; cruzábamos el callejón misterioso cubierto con altos mezquites de troncos retorcidos, esperando mirar las ardillas que hacían sus madrigueras entre las piedras; escuchábamos a los tordos que buscaban alejarnos del pirul, saturado de nidos.

Finalmente, nos deslumbraba la calle real empedrada; la banquetta de lajas negras que debíamos bajar se abría a nuestros pies. Debíamos caminar despacio desde el barrio de la Villa de San José hacia el mercado.

Después de admirar las nubes y el cielo único, con las montañas del barrio del Orégano, al fondo aparecían las ramas violetas de las jacarandas; entre los pinos percibíamos las casas, las calles angostas y sinuosas, las iglesias con sus cúpulas y campanarios, el puente del arroyo reseco y algunos vehículos antiguos.



Hermana primavera

Juan Mata González



## Hermana primavera

Al despertar de la aurora  
cual abeja en el panal  
así cumple su ritual  
atendiendo con esmero  
cuidando que de floreros  
fluya en canto y armonía.

Como suave melodía  
cada pétalo una nota  
en cada color es que brotan  
vibraciones que alimentan  
y que al ideal nos alienta  
para mostrar reverencia  
a la perenne presencia  
del avatar de la era.

Así desliza y opera  
haciendo de cada acción  
un canto y una oración  
nuestra hermana primavera.



## Sí soy tolerante

Me considero una persona tranquila, respetuosa y tolerante, pero evito los conflictos de cualquier tipo; por eso rechazo a los jóvenes desparpajados y rebeldes que ejercen su libertinaje y por ende se oponen al orden, a la disciplina y a la obediencia para estudiar.

Se me dificulta condescender con los adultos radicales o fanáticos, porque no aceptan ideologías y opiniones diferentes; creen que su manera de pensar y de hacer las cosas son las mejores, y subestiman la forma de vida y pensar de los demás.

Tratar con niños consentidos o chiflados, hiperactivos e irrespetuosos, que sólo hacen el oso en la familia, no es fácil, dado el descuido en el que se les ha dejado.

Por último, los políticos y religiosos fanáticos e intolerantes ni los saludo porque no son abiertos a otras ideologías.

Me considero una persona tranquila, respetuosa y tolerante.

## Voz interior

Tu presencia fulgurante  
que en mi corazón anida  
que a la reflexión convida  
mi capacidad pensante.  
Yo quiero tu voz vibrante  
que me ayude que me oriente  
a lograr la paz me aliente  
por lograr la sensatez  
porque una y otra vez  
me he percibido imprudente.

## Hija

Tu presencia trae frescura  
a mi paso titubeante  
me hace seguir adelante  
en esta vida tan dura  
es un alivio una cura  
porque eres fuerza y vigor  
eres para mí el motor  
en mi nublada existencia.  
Gracias a la providencia  
contigo aquí soy mejor.

## Paisaje

Hoy se rompió la rutina  
porque el imprudente perro  
vino a ladrarle al becerro  
y desplumó a las gallinas.  
Mi mujer en la cocina  
me dijo se fue la vaca  
tumbó el sillón y la hamaca  
ven rápido al comedor  
llegarás tarde al doctor  
¡que no haga tanta alharaca!

\*

¿Te vas?  
A tus razones atiendes  
eso tú lo has decidido.  
Parece que no me entiendes  
o no soy lo que tú has querido.



Ojalá que esta semana muriera la amargura

Lucio Martínez Rentería



Esos gatos pasean por las noches en las azoteas, con el maullar estremecen y hacen sentir un escalofrío en el cuerpo, dan miedo.

Es probable que anden en celo o estén a punto de atrapar a su presa.

Siempre he tenido la simpatía por ellos.

Están atentos, mirándote.

De pronto se te acercan de repente y hacen un ronroneo, como diciendo aquí estoy, no me olvides. Y se acurrucan en tus pies.



Voy por la calle, mirando lo que hay a mi paso: jardines de casas, sus flores; la que más admiro es la rosa, a pesar de que es difícil tocarla debido a sus espinas en el tallo, confieso que siempre he querido hacerlo.

Pero sigo mi camino.

Me asombra el vivir de los perros, esos que buscan supervivencia entre la basura.

Esos animales y esa flor, tienen la etiqueta de ser los mejores amigos del hombre.

Tal parece que el hombre, es el peor de sus enemigos.

Veo tanta gente caminar por la calle.

Me pregunto:

¿Será muy importante lo que van pensando?

¿Qué ideas tendrán por realizar?

¿Llegará contento a su casa,

verá la alegría de la esposa?

¿La sonrisa de sus hijos?

Creo que es un misterio imposible de descifrar.

En verdad, me preocupa esa gente de la calle.

Hermoso mar que entre tus olas escondes ayer, donde hubo días de placer, de amor y ahí en esas olas, sigue el vaivén de la felicidad.

Cuántos atardeceres arrullas en los días alegres cuando una pareja va a su luna de miel.

Tienes tanta riqueza espiritual, que te prestas para fantasear, para inspirar y que, en ti, renazca la verdad.

Viene en tu brisa esa corriente que en cada ola se asemeja la belleza de una mujer.

En ti hay muchos recuerdos de pasión, que se van en un crucero.

Llegará el momento, mientras haya vida, en que escribiré una hermosa canción.

Escribo sobre el ruido que hay en esta sala.  
Se rompe el silencio.  
Se escucha el eco, el abrir de cortinas, el paso  
de vehículos por la calle.  
Este silencio es apacible, no lo cambio por nada.  
Me transporta al infinito,  
me hace viajar a cualquier parte.  
Ah, qué hermoso es el silencio:  
no culpa, no castiga, no hace daño.

Cuando visitaba a mis amigos de la escuela primaria, que vivían en la colonia Obrera del ingenio de El Mante, la veía como una colonia de gente rica, ya que en ella se encontraba la mayor parte de la sociedad que vivía bien económicamente.

Visitaba la casa de mis compañeros y me llamaba la atención que en casa de ellos, en sus grandes patios, tenían juegos infantiles, columpios, resbaladeras e incluso alberca.

Y me sentía bien, porque yo estaba acostumbrado a bañarme en el canal de riego, en donde estaba penado bañarse.

También nos invitaban a comer y cuando estábamos sentados a la mesa y ponían los cubiertos, nos daba pena el no saber usarlos.

Se marcaba la diferencia de la clase social.

Pero con el paso del tiempo aprendí y comprendí que todo esto, podría irlo superando.

Y, en todos los sentidos, lo hice.

El bosque cubierto de niebla.  
Ve el paso de siluetas.  
No las distingo bien.  
Percibo el olor a jazmines e imagino mariposas.  
Pasan las horas, el aroma hace sentir  
que la vida se alarga y es infinita.  
Jamás el olor primaveral será letra muerta.  
Estará en el olfato,  
que a diario nos dice del agradable olor  
que alguien más tiene en su ser.  
No necesito preguntar a la nariz  
cuánto te aprecio si te percibo en el aroma  
que respiro.  
Cuando despierto y veo tu rostro,  
no necesito que me mires para saber que no estoy.  
Sueño una realidad que no vivo.

Salgo de casa, vago por la calle, como lobo solitario de esos que se apartan por las noches, para conseguir su presa, o para vivir su pena, su alegría.

Es una noche tibia y cálida de relámpagos que iluminan la sombra por donde camino.

Me envuelve la tristeza y me reflejo en ese lobo que siendo fiero se vuelve dócil.

Quiero encontrar quietud en la noche, en el cielo obscuro, para que sane la tristeza y se aparezca una sonrisa.

Quiero ser persona alegre, sin rencores; que tienda la mano a todo aquél que lo necesita.

Pero antes preciso saber quién soy.

¿Será este el principio o el fin de mi jornada?

Veo en tus ojos cansancio que asoma en tu rostro cubierto de lágrimas.

Son las doce, es mediodía y estamos a mitad de la jornada.

Lo que resta es una eternidad.

La vista del jefe en tu espalda rebota como en una piedra.

Parece interminable la jornada laboral.

Es el trabajo diario de todos los años, ojalá que esta sea la semana en que muriera la amargura.





El aroma de las azucenas

María Antonieta Villalón Alanís



## La niña muerta

El murmullo de la fuente en la terraza llegaba hasta el comedor, la algarabía de decenas de pajaritos parecían celebrar la reciente lluvia matinal, que como agua bendita había caído en el campo reseco despidiendo un agradable olor.

La tierra removida recientemente por el arado, parecía que esperaba ansiosa ese rocío y despedía un tenue vaho; los brotes de las semillas de soya que acababan de germinar languidecían bajo el candente sol.

Saboreaba mi café mientras leía el periódico de la mañana, analizando las noticias nacionales, que siempre leo con gran interés. De pronto vi una nota que me estrujó el corazón. Se trataba del pie de foto de un cuadro de caballete del gran pintor Juan Soriano, anunciaba una exposición en un museo de la capital.

La nota periodística decía: “Los habitantes de su pintura son a menudo niños encantados, pero sobre todo niñas, las niñas que desde mi infancia me tienen embrujado”.

Y tanto como la niñez viva, le atrajo la niñez muerta. Pero en Soriano la muerte no niega la vida. Sólo así se explica un cuadro tan por-

tentoso como la “Niña muerta”. La niña reposa en medio de un lecho de flores. En torno suyo hay coronas multicolores en forma de cruz. En el centro, ella —lívida, boquiabierta, con los ojos perdidos y la tez ocre, como el polvo, como la tierra— sostiene un ramo. Es una novia-niña vestida de blanco que se une en nupcias con la muerte, una muerte trenzada con la vida. El lecho mortuorio es una trajinera rumbo al cielo, y al Mictlán.

Al ver el cuadro, recordé una escena semejante, que me tocó vivir años atrás. Siempre intenté borrarla de mi memoria y cuando volvía a mi mente la rechazaba con todas mis fuerzas. Me negaba a revivir momentos tan lacerantes.

Como si yo misma entrara en el cuadro de Soriano, sentí que formaba parte del velorio, reviví aquella escena a la que había cerrado las puertas de mi mente. Me sentí en la sala de mi casa rodeada de personas mayores y de flores, muchas flores, que despedían un aroma triste que me molestaba. Yo no quería estar viendo lo que veía y escuchando lo que escuchaba, me decía: esto no es cierto, estoy soñando, pero veía en la cama a mi hermanita rodeada de flores, con su vestido blanco y coronita en su cabeza; sus ojos azules se veían a través de los párpados

liliáceos entrecerrados, madejas de cabellos lacios y rubios cubrían su frente y hombros. Sólo tenía diez años. No era creíble que muriera.

Su imagen era angelical, hermosa, pero yo no la quería así; deseaba que se fueran todos y se llevaran sus flores y aquel aroma de azucenas que me entristecía, yo quería que ella se levantara a jugar como lo hacíamos los últimos meses. Debido a su enfermedad ella ya no asistía a la escuela, y nos sentábamos en el escalón de la puerta de la casa para oír los gritos de los niños en el recreo. Ella estaba en cuarto grado.

Los gritos de dolor de mi madre laceraaban mi alma niña, era lo que más dolía, más que la misma muerte. Por años sentí ese dolor tan inmenso y luego el luto riguroso para castigarse más, el velo negro que cubría la cara y que yo no quería ver, y la tristeza todos los días.

Corrí al patio, hasta un rosal de rosas rojas que estaba junto a la acequia, cerca del nogal, corté una flor y llegué a la sala, subí a la cama y la abracé. Te traje una flor, le dije, y se la puse entre sus manos que aún estaban suaves, entrelazadas en su pecho; no tenían la rigidez de la muerte. Me recosté unos segundos junto a ella y alguien me retiró de la sala. Me fui al comedor.

Ahí estaba mi papá con sus amigos, fumando aparentemente tranquilo, escalé hasta su regazo y él me abrazó. Para mí era como un coloso. Nuestro padre ejercía un gran poder sobre nosotros; era tan alto, tenía su espalda ancha, unos brazos amorosos, hermosos dientes y hermosa sonrisa pero ahora no sonreía, estaba tan callado, me abrazó tiernamente; eso para mí, era suficiente para olvidarme de lo que ocurría, escaparme de la dolorosa realidad, porque fundida en ese abrazo nada me haría daño, ni la muerte; era como si Dios mismo me abrazara. Ese abrazo protector aún lo tengo, son otros brazos y otra cara, pero experimento el mismo refugio y seguridad que aquellos brazos me daban.

Cuando vinieron por mi hermana porque era hora de irse, serían las tres de la tarde, el sacerdote puso agua bendita en el féretro y lo cerró, abrazó a mi madre tratando de darle consuelo; las campanas de la iglesia de Santiago doblaban a muerto, un sonido triste, lastimero, que se escucha sólo en ocasiones. Un carro fúnebre se acercó hasta la puerta de mi casa. Fueron momentos muy tristes. El grito desgarrador de una madre cuando se llevan a su hija para siempre. Las campanas seguían con su triste tañido, el féretro blanco semejante a una gran caja de mu-

ñecas, fue introducido en la carroza adornada con albos listones que pendían a los lados y que un grupo de niñas vestidas de blanco llevaban luego en sus manos; parecía una escolta de ángeles. Lentamente se alejaron de la casa. La vi partir y no podía asimilar lo que pasaba. Yo sólo tenía cinco años. No me gusta el aroma de las azucenas.



## Tencha la polveada

El acólito agita la campanilla para anunciar el momento de la transustanciación, un susurro apenas perceptible recorre la nave del templo de Santiago Apóstol. ¡Señor mío y Dios mío! Los fieles arrodillados inclinan la cabeza dándose suaves golpes de pecho. Ligera niebla producida por el incienso cubre el espacio del ábside, una paloma vuela y torna a través de los rayos de luz que en forma oblicua se filtran por los altos vitrales de la bóveda. Aflora a mi mente el recuerdo de mi infancia de aquel anciano organista —don Andrés Galván—, que con sus nudosos dedos sobre el teclado y cavernosa voz acompañaba la misa entonando: ...Vuela paloma torcaza... vuela paloma cu-cú...

De pronto, la paloma que revoloteaba se posa en la cabeza de una de las mujeres del pueblo, Tencha, que con expresión beatífica, casi mística, seguía atenta el ritual de la misa. Pareciera el anuncio de un acontecimiento, una predestinación. El hecho me sorprendió mucho.

Al terminar el oficio religioso, de las siete de la mañana, se escucha el tradicional coro entonado por los asistentes: ¡Adiós Reina del Cielo,

Madre del Salvador!... Los fieles se encaminan hacia la puerta de salida cantando: Adiós, oh, madre mía... ¡Adiós, adiós, adiós! En el atrio intercambian saludos y van bajando los veintidós escalones del templo ubicado en una pequeña meseta, cruzando la plaza en diferentes direcciones.

Tomo mi rumbo caminando por la acera ligeramente ascendente, hacia la parte alta del pueblo, y me alcanza Tencha, la mujer elegida, señalada por la paloma —¡Buenos días, prima! —¡Buenos días, Tencha!, y al preguntarle cómo estaba, qué había sido de su vida, dijo: —¡Ay!, si yo le contara prima... y empezó a hacerme un relato muy conmovedor.

Al llegar a la reja de mi casa la invité a desayunar, y mientras tomábamos el café con quesadillas en la mesa del comedor, continuó el relato.

Como le decía, prima —voz usual en el pueblo—, mi vida ha sido muy incierta. Como usted recordará, cuando se construyó la presa de La Boca allá por los años cincuenta, llegaron muchos chavos fuereños a trabajar en la obra. La mayoría de las jovencitas y una que otra quedada, nos llenamos de ilusión pensando en pescar un marido, todas juntábamos moneditas que le llevábamos a San Antonio a la iglesia, estaba cerca de la sacristía, ahí

rezábamos una novena y dejábamos las moneditas. Eran centavos de cobre, ¿recuerda usted, prima? –Mmm..., dije asintiendo, pero yo no recordaba.

La obra duró varios años –continuó– y me hice de novio, me enamoré prima, él prometió que se casaría conmigo. En ese tiempo hubo varios matrimonios, unos porque se enamoraron, otros por cumplir un compromiso, pero a mí no me tocó, yo quería mucho a Roberto y él se fue y me dejó.

Sufrí una gran desilusión, pero me recuperé y la necesidad me obligó a buscar trabajo. En Monterrey, por un tiempo fui empleada de confianza, de cajera en un negocio. El patrón, dueño de la empresa, se portaba muy bien conmigo, era tan gentil y tan apuesto que yo recibía un excelente trato de parte de él.

Desgraciadamente, debido a mi ingenuidad, sus gentilezas me orillaron a una situación que no debí vivir. Demasiado tarde me di cuenta de mi error, ya que me embaracé, el jefe me explicó que me protegería y esa protección consistió en conseguir entre sus empleados un marido para mí, para salvar la situación. Llegado el momento del alumbramiento se encargó de los gastos y se presentó a conocer a mi hijita, disculpándose por no poder darle su nombre.

Al poco tiempo, mi falso matrimonio se terminó, regresé a casa de mis padres, que bondadosos me acogieron y perdonaron mi falta. Me puse a trabajar en el taller de costura con mis hermanas, pasaron los años y un día vi a Roberto; había fracasado en su matrimonio, quería casarse conmigo y mi niña sería aceptada como su hija.

Sentí que la vida me compensaba por lo que había sufrido. Nos casamos y nos fuimos a vivir a Veracruz. Yo iba llena de ilusión, con la esperanza de ser feliz; sólo llevé conmigo mi máquina de coser, en la que hacía los vestiditos de mi hija. Roberto era empleado de Petróleos Mexicanos, tenía una buena casa y una posición privilegiada. Mi niña asistía a clases a un colegio particular y disfrutábamos las dos de nuestro nuevo ambiente. En el colegio de la niña conocí a las mamás de sus compañeritas e hice amistad con algunas de ellas.

Pronto terminó aquel sueño, mi vida volvió a dar un vuelco vertiginoso. Mi marido, el amor de mi vida, se arrepintió del paso dado y dio marcha atrás; se volvió mujeriego. Me maltrataba, me humillaba, hasta que decidí huir; un día salí con la niña y no regresé, no pude rescatar mi máquina de coser que era con lo que podía ganarme la vida.

Estaba por terminar el año escolar, cuando una de las señoras que conocí en el colegio me

brindó su ayuda; nos recibió y alojó en su casa, proporcionándome una máquina de coser para que pudiera trabajar. Se lo agradecí en el alma.

Terminaron las clases y de regreso a casa, derrotada, mis ancianos padres y mis hermanos abrieron sus brazos para recibirme nuevamente. Me puse a trabajar, me refugié en el cariño de mi niña y de mi familia y eso me fortaleció para sostener a mi hija. Yo deseaba que mi niña pudiera hacer una carrera y fuera capaz de ganarse la vida, y así fue. Lupita se recibió y se casó, ahora ella y su marido tienen un próspero negocio, yo dejé la costura porque me produjo dolor de espalda. Ahora cuido de mis dos nietos.

Hasta ahí la conversación de ese día. Pasaron los años y en una visita al pueblo me enteré de que Tencha contrajo matrimonio nuevamente, ahora con Chepo, un vecino y amigo de su infancia que enviudó y necesitaba una compañera para mitigar su soledad.

## El funeral de la tía Lupe

Hoy asistimos al funeral de la tía Lupe, a quien en sus buenos tiempos llamaran “Lupe la que le tupe”; ahora, ante sus pobres despojos, vimos a “Lupía la que le tupía”. Cuando caían las paladas de tierra sobre el ataúd bajado con sogas a la fosa, recordé cuando Lupe contrajo nupcias con Pedro, hace ya más de cincuenta años; era una prieta pizpireta de apretadas carnes, de mirada evasiva, inquieta, de hombros inquietos, caderas inquietas, toda ella inquieta.

Él tenía dieciocho años y ella dieciséis, los casaron por así convenir a los intereses del señor hacendado, que en iguales circunstancias había casado a sus dos hijos mayores; los casaba y los ponía a cuidar sus intereses, no era partidario de que estudiaran, sólo cursaban la secundaria y se dedicaban a trabajar y producir, también claro a reproducir. Y se llenaban de hijos. Por las condiciones y la falta de madurez, esos matrimonios fracasaron y como siempre sucede, los niños sufrieron las consecuencias.

La Lupe, decían, tenía amores con un compadre allá en Monte Alto; ella tenía su carrito nuevo que el suegro les regaló y se daba sus escapadas a la ciudad.

Cuando regresaba pasaba por la casa de la tía Mariquita que estaba a la entrada del rancho. La tía era una viejita encorvada, enjuta, ojiazul, de manos fuertes, callosas, endurecidas, debido al manejo de las reatas de las vacas que ordeñaba, era tan diestra en su oficio, que hasta sabía echarles un pial.

La tía era soltera y con mirada inquisidora veía pasar a Lupe y registraba en su bitácora el horario de salida y regreso para contarle a su hermano, el hacendado, suegro de Lupe, las andanzas, porque según ella, Pedro estaba enyerbado. Esa tía, era la que cuando llegaban visitas al rancho, volteaba hacia el cielo usando sus manos como visera y decía: “Parece que va a llover, se va a crecer el arroyo y no van a poder regresar”. Era una sugerencia para que pronto se fueran.

Para evitar mayores problemas, a Pedro y a la Lupe los movieron como piezas de ajedrez a cuidar otra hacienda adquirida en los años cincuenta, cuando apenas se abrían las tierras al cultivo. En ese tiempo la tierra producía casi sola. Nada más echaban la semilla y producía sin riego unos tomates espectaculares y eran unos algodones increíbles. En la década de los sesenta, la bodega se incendió repleta de costales de algodón que se iban a entregar a la despepitadora; y en el sesenta y cuatro, todo el techo de la mis-

ma bodega se desprendió con el ciclón Inés. En ese tiempo aquí vivía el tío Toño, que también lo habían movido en el tablero de la vida, para que dejara de visitar la casa grande de la Villa, donde su presencia no era grata ya que le tocó nacer en diferente condición que sus hermanos.

Y sucedió que el año sesenta y seis, llegó a pedir trabajo al rancho un joven guapo, era un antiguo conocido. Lupe, que era muy hospitalaria, le ofreció alojamiento en su casa. El nuevo huésped se instaló con el matrimonio que vivía en dos cuartos, en uno dormían los padres y en otro sus seis hijos. No había electricidad en ese tiempo; tenían refrigerador de gas y se iluminaban con lámparas de petróleo. Eso sí, tenían un carrito nuevo en el que se iban con todo y huésped a bañar al río. Y pasó que a Lupe de repente se le redobló la inquietud.

Cuando se empezó a rumorar lo que pasaba, el huésped intentó suicidarse disparándose en el pecho con un rifle; se sentía traicionero con quien le tendió la mano. El ingrato quedó herido y lo atendieron. Lupe mandaba a su marido a cazar pichones que ponían en el pecho del herido para curarlo, esto se hacía junto con un rezo. Pedro supuestamente ignoraba lo que ocurría. El caso es que al esposo le con-



taban lo que pasaba; y lo que hacía (dicho por él), tocaba el claxon cuando se acercaba a la casa para no llevarse un disgusto. Yo creo que seguía enyerbado...

El hermano menor, avergonzado con lo que ocurría, obligó a Pedro a que se fuera a la capital. Habló con su papá para que lo cambiara a trabajar en la gran ciudad en la empresa familiar. Pedro, para consolarse, se llevó con él a Juana, una mesera de muy buen ver, que desde tiempo atrás le hacía ojitos. A la infiel, le compraron un solar en el pueblo vecino con una casa grande de dos plantas para la familia, y se llevó a vivir con ella a su amigo, vivieron felices. Nacieron otros dos hijos.

Cuando Lupe murió, fuimos a la misa, ahí abrazamos a todos sus hijos, teníamos años de no verlos, algunas de las hijas se veían casi ancianas.

En el cementerio había entre los deudos, unos cuatro o cinco muchachos guapos, altos del tipo de Pedro, eran sus nietos y pensé en cómo la semilla humana se riega como esporas. Son seis hijos, sólo uno regresó al terruño.

La ceremonia fue emotiva, acompañamos con estoicismo, ya que junto a la tumba, a las once de la mañana la temperatura marcaba cuarenta grados Celsius.

Un rosario enterito, rezado con mucha enjundia, eso sí, con unos cánticos antiguos, candorosos, muy conmovedores, porque entonaban un diálogo en el que los deudos despiden a la difunta y ella les contesta que ya vio el lugar, que es muy hermoso, que la virgen le dio la mano, la recibió y la invitó a pasar, que la dejen ir y no lloren, ya que ella será más feliz en ese lugar. Y sus hijos y nietos entonaban ese emotivo coro que dice:

*Aunque el hijo se alejara del hogar,  
una madre siempre espera su regreso,  
que el regalo más hermoso  
que a los hijos da el Señor  
es su madre y el milagro de su amor.  
Hoy he vuelto madre a recordar  
que una madre no se cansa de esperar...*

*La gente de Santiago decía en estos casos,  
"hablo de su vida, no de su muerte".  
Porque no debe hablarse de alguien que murió;  
mi madre decía: "hablo de subida no de bajada".  
Así que yo también.*

## La poza azul

Del milenario acantilado manan  
cristalinas cascadas,  
a su paso por el tiempo  
han labrado su lecho en las rocas.

Argentinas musicales, bajan,  
burbujean, dan vueltas  
en el ánfora de agua bendita  
hasta formar un suave remanso  
de ondas bordadas de azules y verdes  
que llaman, invitan  
a sumergirse en un sueño  
poblado de ninfas  
ejecutando danzas  
en torno a un céfiro.

Canto de aves  
dulce murmullo del bosque  
la placidez expande el espíritu  
que en medio de la vorágine se eleva al infinito.

## Por el camino de El Cielo

Sutil encanto de etéreos velos  
centenario, encantado bosque de niebla  
envuelto en tenue ropaje  
majestuoso encinar  
altos doseles de verde filigrana  
filtran los rayos de sol.

Sendero mítico, legendario  
camino del cielo  
bordado de quercus  
vestido de lianas  
orquídeas y helechos.

Camino flanqueado de rocas  
cubiertas de musgo  
enormes peñascos  
reflejan rostros impasibles.

Multitud de aves  
el silbo del viento  
canta entre el ramaje  
con voces olvidadas  
soplo mágico de Alisios  
acaricia la montaña.

## Paisaje

Mesopotamia tamaulipeca  
tierra entre ríos  
fértil y fecunda llanura  
verde manto ondula  
armonioso  
ante nuestros ojos.

Floridos huertos  
los cañaverales se mecen  
al compás del viento.

La villa de Gómez Farías  
descansa su cabeza  
en la falda de la sierra  
y enjuaga sus pies en el Guayalejo.

Dos ríos ciñen sus costados  
enmarcando dispendiosos  
la tierra pródiga.

Frondosos huanacastles  
a los lados de la carretera  
juntan sus brazos entrelazados  
con esperanza renovada

el agricultor prepara la tierra  
para la próxima siembra  
que al paso del tractor  
se abre fecunda para recibir la semilla.

## Otoño

Amanece  
el canto de aves  
anuncia el inicio  
el sol, enorme disco naranja  
asoma a lo lejos  
al ras de la tierra recién labrada.

Atardece en el campo  
el sol se oculta  
tras el cañaveral  
grises nubarrones  
bordeados de oro  
engalanan la tarde otoñal.

Anochece  
las nubes se encienden de rojo reflejo  
las cañas se incendian  
la ola de incienso  
se eleva  
inicia la danza  
como ofrenda al cielo.

Suavemente caen  
regresan

se posan cansados  
en techumbres y patios  
los copos negros.

El dulce olor de miel  
de antigua molienda  
invade el ambiente  
despertando el recuerdo.



## Flamboyanes

Diseminados por la verde llanura  
abren sus sombrillas escarlata  
al sol incandescente del verano.

Remolinos de flores son elevadas  
en rojo espiral por el viento  
caen como armoniosa lluvia  
alfombrando el suelo  
de tonalidades naranja, rojo, carmesí  
el colorido paisaje luce radiante  
con los rayos de luz del ocaso.

Desvelo de los diecisiete

Maryan Rosalinda Escobar Manrique



1

De esas que no pueden querer poco  
que en las noches sueñan más de lo que duermen.  
Y les gusta llorar  
reír  
amar  
enamorarse en silencio  
mirarte  
escucharte sin habla  
vivirte en cada alborada.

Por eso vienes cada clarecer  
me buscas  
sabes dónde encontrarme:  
en la ventana  
en espera de algo  
lo que sea que me haga tatuar  
líneas como éstas.

Tal vez alojada en tus entrañas.

Soy de esas  
tú lo sabes.

Regresas a refugiarte en mis manías  
cuando te amedrenta lo escaso de tus aventuras  
la brutal rutina.

Estoy atestada de imprudencia  
regocijo  
utopías  
tan innegable de mi esencia.

Esperas complementarte  
por un segundo  
con lo que nunca podrás vivir.

Borré la última foto  
quisiera haberla quemado para ver las cenizas.

No sé porqué  
siento que este es el final  
de esos que se dan cuando menos lo esperas.  
¿Recuerdas el día cuando dije  
que me tomó un segundo enamorarme de ti?  
Sucede lo mismo  
pero a la inversa.

Antes que nada entérate  
no tengo respuesta a cualquier interrogante.  
Supongo que es cierto cuando dicen  
que la gente se cansa de dar sin recibir.

Aunque me tomó más tiempo de lo esperado  
estoy aquí  
escribiendo mi despedida.  
Le digo adiós a toda memoria que me une a ti.

Te propongo algo:  
hagamos como si nada hubiera pasado  
es la opción más favorable.

Ofrecer una amistad después de tanto amor  
sería absurdo  
e hipócrita.

No  
no puedo desearte lo mejor.

Cuántas ganas de aventarle a junio esas tardes.

El contrato venció  
espero nada quede al aire  
y hayas entendido el mensaje.  
¿Ahora me crees  
cuando digo que te he olvidado?..  
Yo tampoco.

Pienso en múltiples maneras de empezar esto  
y la verdad  
nada sé del principio.

Hay tanto sentimiento:  
no encuentro palabras justas para describirlo  
sólo siento  
que en cada letra quiero arrancar un recuerdo  
tal vez deba escribir tres mil seiscientos cuarenta hojas  
y seguiría en deuda.

Digo arrancar  
no encuentro palabra más abrumadora.  
Cuentan que nos gusta revolcarnos  
en nuestras tristezas:  
tienen razón.

No puedo creer  
que haya habido alguien tan ingenuo  
para decir: el ser humano es el único animal  
que comete el mismo error dos veces.  
¿Dos veces?

Ya no podría catalogarse de humano  
el sin fin de tonterías que he cometido



para hacerte feliz.

Y recuento las ocasiones en que me he sentido así  
con un puño atorado en la garganta  
los ojos hechos mar.

Otra vez quedé esperando  
con la experiencia que se me ha otorgado  
en estos asuntos  
creo que mañana a las nueve y treinta de la noche  
encontrarás la excusa perfecta para contentarme.

Sé que de amor nadie muere  
también sé donde estoy  
habrá otras mujeres en el pueblo lamentando.  
Quisiera decirles  
hoy es la última  
esta noche agarro todo el coraje  
me lleno de valor  
no volverá a pasarme.

No se puede  
repito  
la clase de estupideces que cometo  
no son mundanas.

Ya pasé más de la vida  
que no tengo esperando cambiarte

sigo escribiendo  
abrazándome al recuerdo.

Dos de la mañana  
algún día encontraré la manera  
o tal vez no.

Aunque mis ojos no te alcancen  
estoy contigo  
cada latido a tu lado  
en la distancia y la espera  
tu mirada te hace eterno  
cuando olvido el mundo vano  
nuestra canción  
tus palabras  
sin tenerte  
por un segundo eres mío  
dueño de mis letras  
y mis madrugadas.

Casi puedo sentirlo  
oigo las campanadas, no pienso en más  
sólo es ella

no quiero pensarlo  
no puedo evitarla.

La bruja que se decía mi abuela  
obligando a peinarme como cada domingo  
por la tarde

es misa

sacrificio

pórtate bien péinate cámbiate de ropa  
como si eso importara.

Oigo las campanadas y te siento cerca  
y más que alegrarme

asusta

temo tu presencia

te prefiero ausente

distante en tu castillo

oscura

amenazante.

Pero dejo de oírlos  
termina la pesadilla  
estoy aquí  
y por un segundo me viene la idea de extrañarte  
luego vuelvo en mí.

De los pocos recuerdos que tengo de la infancia  
es a una niña escondida detrás de un sillón  
jugando al té  
con miedo a que mamá la encontrara.

También me viene a la mente  
la abuela malvada  
como en cuento de terror  
esperando cualquier movimiento para castigarla.  
Mamá  
tan triste  
con los ojos cada vez más pequeños  
esperando cada madrugada.

Blanca como siempre cantando  
feliz de vivir en su mundo de princesa.

El abuelo recogíendome cada sábado  
robando uvas en el supermercado:  
Yo había conocido niñas tan bonitas  
pero como Maryan ninguna.

Vuelan los años  
con ellos desaparece

la vaga idea que tenía de mi padre  
fui criada para madurar  
ser un roble.

La madre seguía cansada  
mi verdadera madre Blanca desesperada  
corriendo a los brazos de alguien  
y casó con un desconocido.

¿Y Maryan con quién se quedará?

Muere el abuelo  
se va la ilusión  
pero siempre vive en sus palabras  
ella tan forzosamente grande y fuerte  
se vuelve insegura  
él lo sabe y juega a convertirse en salvador  
busca la felicidad en fiestas  
iglesias  
amigos  
pareja  
sigue vacía nada  
no sé si hasta hoy podría presumirse feliz.

Tal vez mi hermano dirá:  
La tonta de la enana va a morir de hambre  
escribiendo en madrugadas.  
A lo mejor los tíos creen:

siendo tan capaz  
eligió el camino fácil.

Todos esperan tanto  
lo siento  
no puedo complacerlos  
tengo diecisiete años  
un bolígrafo  
lo que tú llamas Dios  
y unos amigos de verdad  
miles de sentimientos encontrados  
las ganas de viajar  
una canción  
y un libro de Acosta en la mochila para recordar  
que no soy la única loca  
que a las tres de la mañana  
antes de bañarme  
en ayuno  
y después de ir a trabajar  
lo único que quiero es robar ideas de alguien  
y escribirlas.





Letras a la medida

Rosa María Martínez Macías



Todo está bien

En mi casa tenemos un televisor, tres camas, cuatro sillas, una mesa y dos perros.

El televisor tiene descompuesto el control, una de las tres camas rechina, las cuatro sillas necesitan reemplazo, la mesa cumple satisfactoriamente; un perro es autosuficiente y el otro depende de la familia para elevar su autoestima.

Todos los habitantes de la casa disfrutamos nuestra convivencia diaria: el jefe de la casa se sostiene con una taza de café por la tarde y un beso por la mañana, la esposa prepara los alimentos con una pizca de sal y abundante amor.

## Fuente renovable

En mi casa me dicen abundancia, porque a la hora de comer la mesa se llena de objetos y alimentos, de jugos y caldos que sacian la sed y el hambre de la familia.

Me dicen lluvia, cuando mis plegarias despejan los nubarrones del cielo raso y los cristales de las ventanas se aclaran para ver el futuro.

Me dicen de muchas maneras: los niños me dicen almohada y se recuestan sobre mí para dormir y crecer.

Mi verdadero nombre está escondido dentro del florero de la sala, lo renuevo cada vez que cambio las flores y el agua; a veces toma el color amarillo de las margaritas, otras veces el color de los girasoles, pero siempre reverdece al ruborizarse con el carmín de las rosas.

## A la medida

Tengo un vestido color alegría que estrené un amanecer, parecido al que me confeccionó mi madre cuando cumplí seis años; este vestido (el segundo) lo guardé como un tesoro cierto tiempo; cuando traté de ponérmelo ya no me quedaba; la frustración duró muchos años; cuando somos pequeños y queremos mucho un vestido, deseamos no crecer jamás, porque añoramos sentir con la tela la suave caricia de las manos de mamá.

El vestido que hoy guardo colgado de un gancho, que sacudo periódicamente, sé que no me fallará cuando desee vestirme con él, para salir a la calle; podré hacerlo, aunque pasen años.



## Índice

Presentación.....	11
Mi nombre es Diana.....	13
Diana Ketzaly González Jahuey	
Lo que tengo .....	25
Florián López Guerrero	
Hermana primavera .....	37
Juan Mata González	
Ojalá que esta semana muriera la amargura.....	45
Lucio Martínez Rentería	
El aroma de las azucenas .....	57
María Antonieta Villalón Alanís	
Desvelo de los diecisiete .....	81
Maryan Rosalinda Escobar Manrique	
Letras a la medida .....	97
Rosa María Martínez Macías	





*Sábado a las nueve*  
*Diplomado en preceptiva literaria II*  
Carlos Acosta

Este libro se terminó de imprimir el 28 de febrero de 2013, se empleó la fuente Garamond a 14, 12 y 10 puntos. Se utilizó papel cultural. Su tiraje fue de 300 ejemplares.







Diana Ketzaly, estudiante de doce años de edad; Maryan Manrique, quien cursa sexto semestre de preparatoria; Rosa María Martínez Macías, pintora y escritora; María Antonieta Villalón, licenciada en Literatura Española; Lucio Martínez Rentería, administrativo pensionado; Florián López Guerrero, reconocido muralista y Juan Mata González, maestro en yoga. Fueron los siete integrantes –de los muchos que iniciaron– que finalmente siguieron, y siguen, en el quehacer literario cada día sábado a las nueve.

Cada uno de ellos, cada una de ellas, con su propia historia, su perspectiva del vivir, las emociones que los acompañan, los recuerdos que no los dejan; han ido tejiendo, semana tras semana, a golpe de lectura y disciplina, un acercamiento a la creación literaria. De esta manera se han empezado a buscar a sí mismos –espejo siempre las letras, escritas por otros, por nosotros– y no han cerrado los ojos, ni el bolígrafo han dejado inmóvil, ante lo encontrado.

Así las cosas, leímos mucho y escribimos quizá menos, casi al mismo tiempo; porque ya se sabe que sin lector, no hay escritor. Y hemos agradecido, una y otra vez, que el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, haya puesto a nuestro alcance, en El Mante, la oportunidad de acercarnos al ejercicio formal de este mundo único y apasionante como es la escritura.

Hemos aprendido, entre muchas otras cosas, –instructor incluido– que la palabra es sagrada y que el lenguaje no es un basurero.

Carlos Acosta